

¿Sirve la historia para algo?

Posted on 28 de febrero de 2014 by Rafael Núñez Florencio

No ya solo el historiador o el profesional de las ciencias sociales, sino cualquier persona mínimamente culta sabe que lo que llamamos «pasado» no es algo como un yacimiento –estático, inmutable, objetivo, a disposición de quien quiera trabajarlo–, sino todo lo contrario: algo «líquido», podría decir Zygmunt Bauman, algo «mistificado» y «legendario», dijo en su momento Julio Caro BarojaA pesar de que es más conocido como antropólogo que como historiador, el polifacético Julio Caro Baroja fue uno de los primeros investigadores españoles que se ocupó seriamente de este asunto en varias obras y además, en algún caso, en fechas tan tempranas como la década de los cuarenta del siglo pasado. Véase, por ejemplo, *Algunos mitos españoles. Ensayo de mitología popular*, Madrid, Editora Nacional, 1941. Mucho más reciente es *De los arquetipos y leyendas*. *Dos tratados introductorios*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1989. También merece recordarse su estudio sobre los caracteres nacionales, una refutación frontal del esencialismo que dominó buena parte de la historiografía española entre los siglos XIX y XX: *El mito del carácter nacional. Meditaciones a contrapelo*, Madrid, Seminario y Ediciones, 1970 (cito por primeras ediciones; hay reediciones posteriores)., o simplemente algo «inventado», como establecieron Eric Hobsbawm y otros grandes historiadores hace varias décadas en un conjunto de obras que tuvieron una influencia inmensa sobre legiones de historiadores de los más diversos países. En una de esas reconocidas obras, precisamente la que lleva en su portada la acuñación que luego ha

sido repetida *ad nauseam* y utilizada en los más variopintos contextos –«la invención de la tradición»–, podemos leer ya en el mismo preámbulo un alegato demoledor contra las visiones simplistas, complacientes o interesadas del pasado: «Nada parece más antiguo y relacionado con un pasado inmemorial que la pompa que rodea a la monarquía británica en sus manifestaciones ceremoniales públicas. Sin embargo […], tal boato es un producto de finales del siglo XIX y del siglo XX. Las "tradiciones" que parecen o reclaman ser antiguas son a menudo bastante recientes en su origen, y a veces inventadas»Cito por la edición española. Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *La invención de la tradición*, trad. de Omar Rodríguez, Barcelona, Crítica, 2002. La edición original inglesa es muy anterior, de 1983..

Entre todas las corrientes políticas o ideológicas contemporáneas, el nacionalismo en sus múltiples manifestaciones y variantes se ha destacado en especial por mirar al pasado con ansias abiertamente instrumentales (obviamente legitimadoras). No es extraño por ello que los estudios críticos o simplemente distanciados del mismo hayan tenido que hacer especial hincapié en desvelar esa manipulación más o menos grosera de la historia que suele acompañar como una sombra a casi todas las reivindicaciones y proclamas nacionalistas. Prácticamente casi todos los grandes analistas del fenómeno, desde el propio Hobsbawm a Hugh Trevor-Roper, pasando por Elie Kedourie, Ernest Gellner, Benedict Anderson, Juan José Linz, Walker Connor, Gregory Jusdanis o Anthony Smith (por citar solo un ramillete de nombres entre los más conocidos) se han planteado el reto de desbrozar un terreno plagado de minas en forma de tergiversaciones, invenciones, imposturas o puras y simples mentiras. En el ámbito español, quien más y mejor ha teorizado sobre todo el proceso de fantasías, adulteraciones y falsedades que es inherente a la construcción nacionalista de un pasado quimérico ha sido José Álvarez Junco, que empezó aplicando el concepto de «invención» al mito fundacional del nacionalismo español, la «guerra de la Independencia» y, tras una serie de análisis sectoriales en esa misma línea, desembocó en esa obra magna e insoslayable para cualquier aproximación al tema que es *Mater dolorosa*José Álvarez Junco, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001. El análisis que lleva por título «La invención de la Guerra de la Independencia», que se había publicado como artículo antes de la aparición de *Mater dolorosa*, quedó integrado en este libro como parte del capítulo tercero.. La dinámica centrífuga que ha caracterizado cada vez más descaradamente la descentralización política española ha generado un característico «narcisismo de la diferencia» en las llamadas «comunidades autónomas» –comunidades que, en muchos casos, nunca han ocultado su aspiración al estatuto de «nación»– y ello a su vez ha desembocado, como era previsible, en una construcción de un pasado *ad hoc* que aspira a justificar las aspiraciones concretas del presente, a la vez que se utiliza de trampolín para la consecución de los objetivos del porvenir. No es de extrañar, por tanto, que dicho proceso político haya

provocado en el ámbito intelectual una serie de estudios que tratan de desenmascarar la «invención de la tradición»... vasca, catalana, gallega, cántabra, andaluza. etc.La bibliografía sobre la manipulación del pasado en las comunidades autónomas españolas es ya, si no inabarcable, sí al menos desmesurada para poder aquí dar cuenta de ella. Me limito a citar al inevitable Jon Juaristi, uno de los pioneros, con *El linaje de Aitor. La invención de la tradición vasca*, Madrid, Taurus, 1987. En la misma línea, véase Manuel Suárez Cortina, *Casonas, hidalgos y linajes. La invención de la tradición cántabra*, Santander, Universidad de Cantabria, 1994. Desde un punto de vista más ensayístico que histórico, han sido también muchos los autores que han analizado el proceso en tono muy crítico. Véase por ejemplo, Antonio Muñoz Molina, *Todo lo que era sólido*, Barcelona, Seix Barral, 2013, en especial el capítulo 34: «Con la formación de las comunidades autónomas, el mimetismo nacionalista se instaló en todas partes». A su manera, el propio autor de la obra que reseñamos, Miguel-Anxo Murado, ha escrito antes de este libro una obra que podría entrar en este lote, aunque es verdad que tiene a su vez rasgos contrapuestos a lo que se acaba de apuntar: *Otra idea de Galicia*, Barcelona, Debate, 2008.

Si me he demorado más de lo habitual en este preámbulo, no es por capricho o casualidad, sino para señalar que, en contra de lo que parece sugerir Murado desde las primeras páginas, no estamos ni mucho menos ante un terreno inexplorado, sino más bien todo lo contrario. Una impresión de audacia desmitificadora, la que se recibe al abrir este libro, que se suma a la que el lector ya ha podido adquirir al leer en la contraportada que «utilizando la historia de España como ejemplo», el autor nos mostrará «de manera sorprendente» que el pasado no es más que «un relato lleno de lagunas y hechos mal conocidos, sospechosos o claramente inventados». Ni una sola referencia explícita a que, lejos de provocar sorpresa –como no sea en el que ignora la copiosa bibliografía en este campo de al menos las cuatro o cinco últimas década–, este libro viene a sumarse, en todo caso, a una larga estela de obras críticas ante la tradición, la historia o el pasado escritas, eso sí, desde la propia historiografíaPrecisamente se han publicado en los últimos años dos importantes contribuciones de revisión de la historia o, mejor dicho, las historias de España desde los presupuestos de la historia actual. Me refiero a las obras de Ricardo García Cárcel, *La herencia del pasado. Las memorias históricas de España*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de lectores, 2011; y José Álvarez Junco (coord.), Gregorio de la Fuente, Carolyn Boyd y Edward Baker: *Las historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad*, vol. 12 de Josep Fontana y Ramón Villares (dirs.), *Historia de España*, Barcelona/Madrid, Crítica/Marcial Pons, 2013. Obsérvese de paso que en los propios títulos que acabo de citar se habla de «memorias históricas» y de «construcción de la identidad», respectivamente: si tenemos en cuenta que este asunto enlaza por otro lado directamente con la cuestión de la «memoria histórica» que tanto ha dado que hablar –y que escribir– en el

último decenio, y no precisamente por razones académicas, entonces tendríamos que constatar no una abundante, sino desbordante bibliografía.. La cuestión no es accesoria, sino más relevante de lo que en principio puede parecer, por lo que pronto se verá.

Esta obra se dirige, como se explicita desde el capítulo primero, contra la interpretación tradicional de la historia de España, representada o, aún mejor, encarnada por ese venerable sabio de noventa años, don Ramón Menéndez Pidal, que ya en la misma fotografía de la portada recibe de manos de Charlton Heston –¡ay, perdón, quise decir del Cid Campeador!– la espada legendaria, la famosa Tizona, con la que aterrorizaba a los musulmanes *invasores* de la Península. En esa foto, en ese acto, no solo se simboliza, sino que se compendia, toda la mistificación del pasado que Murado quiere denunciar. Todo es impostado, no solo porque el atrezo sea de cartón piedra (recordemos que la escena en cuestión es una de las ceremonias que arropa el rodaje de *El Cid* en la España de 1960), sino porque las propias referencias históricas han sido fantaseadas, cuando no lisa y llanamente falsificadas, como se desmenuza en las páginas siguientes. No es ya solo que la leyenda de Rodrigo Díaz de Vivar, sus batallas, sus victorias y todo lo que lo rodea sea en su práctica totalidad inventado, sino que, por no existir, probablemente no existió siquiera… ¡la invasión y conquista musulmana! Por lo menos, como tal «invasión» o como «conquista» digna de ese nombre (pp. 33-35, 45-48). Lo mismo que *no existieron* don Pelayo, Covadonga (pp. 38-42) o, más atrás, Viriato, los sitios de Sagunto y Numancia (pp. 57-61) o, yendo otra vez hacia delante en la flecha de la historia, las míticas hazañas de Hernán Cortés, la descomunal tempestad que destrozó la Armada Invencible, la caballerosa rendición de Breda o los sucesos del 2 y 3 de mayo de 1808.

Murado juega hábilmente con el equívoco que genera el planteamiento anterior. Al decir «no existieron», el lector queda atrapado en el desconcierto. ¿Cómo que «no existieron»? Entiéndase, claro: *no existieron* esos personajes y esas situaciones *tal como nos lo ha contado* la historia tradicional. Pudieron existir otros personajes más o menos similares, pudieron darse unas situaciones más o menos parecidas, ¡o no! Porque el problema está en las «fuentes» (¡equívoca conceptuación!), que no son precisamente como las fuentes de agua cristalina que manan puras de la madre tierra. Las fuentes documentales que usa la historia están contaminadas hasta tal punto que es imposible beber de ellas sin sufrir una especie de intoxicación que nubla la vista y nos deja presos de alucinaciones. La metáfora biológica puede servir perfectamente, en opinión de Murado, para el ámbito intelectivo.

Peor aún, porque, apurando los paralelismos, bien podría decirse que, por no haber, no hay ni fuentes, o que las fuentes están secas. «En el pasado no existen los hechos […] en el sentido de acciones que pueden ser comprobadas objetivamente». Dicho de otra manera, el historiador no puede estudiar el pasado, por la sencilla razón de que «el pasado como tal no

existe ni es posible experimentarlo directamente» (p. 18). No se trata de un exceso puntual, porque el postulado va repitiéndose insistentemente con varias imágenes y ligeras variantes: «El pasado es inaprensible. La historia es como la ceniza de un incendio» (p. 12). Esta exigencia empirista –un tanto pedestre o tosca, por decirlo suavemente–, le conduce finalmente a suscribir apreciaciones desmesuradas como la de James Anthony Froude: «La historia es como una imprentilla infantil en la que uno puede elegir las letras que quiere y ordenarlas en la forma que quiere para que digan lo que a él le apetece» (p. 36). Si eso es así, no nos es posible disociar la historia de la leyenda, el mito o, simplemente, la fantasía más desaforada. Todo es lo mismo. ¡Apaga y vámonos!

Acabamos de caracterizar de primaria o elemental esa postura intelectual con respecto al pasado. ¡Por supuesto que este es por definición irrecuperable! ¡Por supuesto que los hechos como tales desaparecieron, ya no están! ¡Faltaría más! Por decirlo en términos también elementales, el pasado no se puede «fotografiar», por la sencilla razón de que ya no existe. Pero el pasado se puede reconstruir. Como, por otro lado, construimos el presente y lo que llamamos el futuro: los hechos, los sucesos, los acontecimientos –como queramos llamarlos– son tales porque nosotros los dotamos de sentido, no porque se nos impongan como una realidad ajena e incontrovertible. Hace ya tiempo que las ciencias y los científicos sociales –no solo los historiadores– trabajan con planteamientos como «creación» o «recreación» del pasado, «invención» del conflicto o de una identidad, «construcción social» de la realidad, del gusto o del género, «formación» de una conciencia de clase o, incluso, para desembocar en el terreno concreto que nos interesa, «invención de las naciones». Desde que Benedict Anderson popularizó la definición de nación como «comunidad imaginada» y Ernest Gellner estableció que el nacionalismo es el que engendra la nación y no al revés, han sido innumerables los estudios que han diseccionado el papel decisivo de la conciencia en el establecimiento de los «hechos» que conforman lo que llamamos «historia».

Todas esas investigaciones, muy diversas entre sí, tienen, sin embargo, un basamento común: unos planteamientos críticos que se han expresado o articulado con denominaciones ciertamente imprecisas, como «nueva historia social» o «historia sociocultural». La idea central, en cualquier caso, como dice una notable obra española que se adscribe a esa corriente, es que los «hechos sociales», tradicionalmente «considerados como datos objetivos, como sólidas estructuras anteriores a los sujetos», resultan ser, por el contrario, según esta nueva interpretación, «construcciones» que estos realizan: las «tradiciones, las naciones, las clases y los pueblos, el género y los movimientos sociales, y hasta los héroes y los líderes políticos» son «el resultado de procesos de construcción cultural», es decir, en último término, «invenciones»Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 10-11.. De ahí que, hoy

en día, los estudios más solventes sobre el fenómeno nacional, las comunidades, las identidades, etc., lejos de «buscar o reivindicar esencias patrias», sitúen como núcleo central de sus análisis «los símbolos y prácticas simbólicas sujetos a diversas interpretaciones por parte de múltiples actores»Un concepto que ha hecho fortuna en este sentido, como antes los de «constructo», «invención de la tradición» o «construcción social», es el de «imaginarios», como conjunto de imágenes y acciones simbólicas de una colectividad. Véase Javier Moreno Luzón y Xosé M. Núñez Seixas (eds.), *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX*, Barcelona, RBA, 2013..

Murado, como historiador que es, no puede desconocer todo esto, ni los planteamientos de los historiadores que, siendo muy críticos, defienden el conocimiento histórico, ni, en fin, la copiosa bibliografía que existe al respecto (de hecho, su relación bibliográfica final muestra un buen criterio selectivo). La impugnación de una concepción naíf del pasado o el rechazo de la historia tradicional no tienen por qué llevarse necesariamente por delante todo intento de desentrañar nuestro ayer. De hecho, el subtítulo de su obra lo aceptaría de partida cualquiera: «Verdad y ficción en la historia de España». Pero, tras la lectura de su libro, uno no puede por menos de preguntarse –después de tanto afán iconoclasta–, qué queda de «verdad» en la historia de España si todo ha sido reputado de una forma u otra como «ficción» o sus diversas variantes, entendidas siempre en su vertiente peyorativa: manipulación, falsificación, adulteración, propaganda, leyendas, mitos, clichés, mentiras. La respuesta es nada o casi nada. Entonces, ¿para qué sirve la historia? En principio, Murado tira la piedra y esconde la mano: «Habrá quien llegue por su propia cuenta a la conclusión de que el conocimiento histórico es, simplemente, imposible. No pretendemos tanto» (p. 17). Sí, en el fondo sí lo pretende. Llevado por su propia dinámica desmitificadora, sus conclusiones no andarán muy lejos de ese escepticismo total, como explicita en el último capítulo. Volveremos sobre esto ahora mismo. Pero antes conviene decir algo sobre las bases en que se fundamenta la desconfianza del autor.

El grueso del libro –atractivo en la forma, brillante en su exposición, muy hábil en las comparaciones, las imágenes y, en general, el manejo de los recursos expresivos– está dedicado, como ya se ha dicho, a desmontar los grandes hechos, personajes, situaciones y etapas características de la historia de España. Para empezar, porque los vestigios del pasado –y no solo del pasado más remoto– son siempre insuficientes. Por ello, los textos históricos inventan el pasado, llenan los vacíos como los escolares perezosos de hoy utilizan en la edición de textos el «corta y pega» (la analogía no es mía, sino del autor, véase la página 38). Pero cuando sí hay documentación, el resultado es el mismo, pues los historiadores suelen sucumbir al encanto de la leyenda. Bien es verdad que sin mucha imaginación, porque los relatos míticos se parecen sospechosamente unos a otros: de ahí las

anécdotas clónicas o lo que Murado llama la mecánica del cliché. No es extraño por ello que las historias de los países sean intercambiables, según un esquema cíclico que se asienta sobre muy leves variantes, que el autor llega incluso a cuantificar («las treinta y seis situaciones dramáticas», pp. 80-83). Así las cosas, ¿para qué sirve entonces la historia? La respuesta –cínica– es que sirve «para cambiar el pasado». La historia de España, es decir, el supuesto pasado de España, se lo han inventado cinco «historiadores» –cinco, solo cinco–: Rodrigo Ximénez de Rada, Alfonso X, el padre Mariana, Modesto Lafuente y Ramón Menéndez Pidal (p. 94).

Como se habrá podido ya columbrar, el problema de Murado no reside en el objetivo último que se propone, ni en el recorrido desmitificador que realiza, ni siquiera en los casos concretos que cita, generalmente bien elegidos, sino en los argumentos que emplea para llevar el agua a su molino. Dicho de otra forma, el problema es que le vence la tentación de usar con más frecuencia de la debida la brocha gorda, despreciando no solo la gama intermedia entre el blanco y el negro, sino aquellos elementos que se resisten a su propósito. Es verdad, quiero subrayarlo, que no siempre es así. Discutir aquí uno a uno los casos que cita sería tarea imposible, pero sí cabe decir que, junto a muchos episodios históricos cuya impostura se desenmascara con habilidad y hasta con gracia, otras veces la simplificación es excesiva, como cuando se atribuye a Cánovas –a él solito, y a nadie más– haber urdido el cuento de la «decadencia española», o cuando se afirma taxativamente que la llamada «Leyenda Negra» la inventaron los liberales españoles decimonónicos. Sí, claro, pero… *Manca finezza*.

Ese es el problema, precisamente, cuando nos planteamos una valoración de conjunto. Un libro ágil, bien escrito, sugerente, interesante por muchos conceptos, queda oscurecido por un innecesario tono panfletario (la Real Academia de la Historia y el «nacionalismo españolista» son, obviamente, las «bestias negras» del autor) o unas conclusiones a todas luces desmesuradas. Pondré solo dos ejemplos de lo que quiero señalar, para no alargar más esta reseña. En primer lugar, la obsesión del autor por equiparar historia y conservadurismo, como si el historiador no pudiera dejar de ser, por esencia, un aspirante a académico: «el conservadurismo enraizado en la vocación de la mayor parte de los historiadores» (p. 14), o «no es casualidad que los historiadores más conocidos tiendan a ser ideológicamente conservadores» (p. 191). No creo que la inmensa mayoría de los historiadores españoles actuales se sientan identificados con la etiqueta de conservadores, ni que los caracterice en su conjunto la secreta aspiración de conseguir un sillón de la Academia.

Peor aún es la demoledora conclusión acerca de la (in)utilidad de la historia, que nos permite conectar este final con las estimaciones del principio. Murado dice explícitamente que, en contra de las opiniones más extendidas, la historia no sirve ni para evitar errores en el futuro,

ni para conocer el pasado, ni para entender mejor el presente. Sirve, en cambio, para otras cosas, todas negativas: para fundamentar la agresividad y las actitudes desafiantes (!?), para alimentar conflictos, para afianzar supersticiones o «para hacer los debates políticos más irracionales de lo que ya son». Murado parece desconocer, o quiere ignorar voluntariamente, la aceptada distinción entre «usos y abusos de la historia». Para él, la historia –¿toda la historia, cualquier clase de historia, también esta, la suya?–, «nos guste o no, pertenece al mundo de la fantasía». No hay que acabar con la historia, sin embargo, porque «es algo natural e instintivo» (!?). Dejémosla estar. Cumple la misma función que los cuentos –las historias– con que dormimos o hacemos soñar a los niños.

En el fondo, el libro de Murado, como le pasa inevitablemente al propio escepticismo, es una *contradictio in terminis*, es decir, representa lo contrario de lo que quiere forzadamente concluir: solo puede desmontarse la falsedad –en este caso, «falsificación» del pasado– si convenimos que puede llegarse a la verdad –aunque solo sea, concedámoslo, una precaria verdad provisional–, pero, en todo caso, una base más o menos firme desde la que podemos rechazar otras interpretaciones como espurias. Sea como fuere, frente a este mensaje escéptico, habría que establecer respecto a la historia algo parecido a lo que los politólogos suelen decir de la democracia: siendo esta un sistema muy imperfecto, sus males no se resuelven con otros modelos alternativos que restrinjan la libertad sino, muy al contrario, con más democracia. Los inventos y mistificaciones de la historia tradicional no se combaten descalificando globalmente a la historia, o arrumbando como mera fantasía cualquier clase de análisis histórico, sino haciendo una historia más cuidadosa y, sobre todo, una historia más crítica.

Rafael Núñez Florencio es Doctor en Historia y profesor de Filosofía. Sus últimos libros son *Hollada piel de toro. Del sentimiento de la naturaleza a la construcción nacional del paisaje* (Madrid, Parques Nacionales, 2004), *El peso del pesimismo: del 98 al desencanto* (Madrid, Marcial Pons, 2010) y, en colaboración con Elena Núñez, *¡Viva la muerte! Política y cultura de lo macabro* (Madrid, Marcial Pons, 2014).

Autor: Miguel-Anxo Murado

Edicion: Barcelona, Debate, 2013

Paginas: 234 pp. 16,90 €

Titulo: La invención del pasado. Verdad y ficción en la historia de España